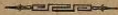


¡Ah! ¡cómo explicar la tristeza que causan esas estravagancias, de que participan hoy, sin embargo, tantos hombres que se creen ilustrados! Esos tales no poseen por cierto la misma inteligencia, ni la misma lengua que nosotros: ellos forman una raza trasformada. ¡La locura debe hallarse forzosamente de nuestra parte ó de la suya! En cuanto á nosotros, no les haremos siquiera la injuria de creer que está de su parte; permitánnos solo declarar aquí que si somos locos, la ciencia es loca con nosotros: ¡y que ellos son los sabios, ellos sí, con la ignorancia! Hablamos así, porque es bien sabido, que si hay algo de cierto, científicamente hablando, es que el sonido, el calor y la electricidad no se transforman de ningún modo, ni en vida, ni en inteligencia, ni en voluntad, ni en acto libre!

Hé aquí, pues, tristemente cumplido este oráculo divino: Vendrá un tiempo en que ellos no sufrirán más la sana doctrina, en que se alejarán voluntariamente de la verdad, en que volverán sus miradas hácia las fábulas, en que, en la comezon malhadada de sus orejas, se crearán soberanos que sirvan sus ódios y pasiones.

Mi corazón se oprime, mis ojos se llenan de lágrimas, siento que me falta valor para pasar más adelante.

He dado á este capítulo una estension, acaso desmedida, porque he querido probar cuán ricos y poderosos somos nosotros contra el error. Si prosiguiera por ese camino, que me reservo para seguir más tarde, me vería obligado á conceder á mis *Esplendores* dos volúmenes. No debo, pues, ni quiero hacerlo. En los demás capítulos seré, por lo tanto, breve y conciso. La verdad no resaltará menos por ello.



CAPÍTULO CUARTO.

La creacion del hombre segun la revelacion y segun la ciencia.

I. *Preliminares y estado de la cuestion.*—Parecerá natural en cuestiones tan importantes que yo me aproveche de todas las ventajas que ofrece la santa y noble causa que vengo á defender. Olvidase demasiado, sus apologistas mismos olvidan demasiado que dicha causa fué, la primera, dueña del terreno que ella posee hoy todavía, que sus títulos de propiedad son ciertos y solemnes, que por consiguiente ella hállase en el derecho de imponer á aquellos que tratan de desheredarla la necesidad forzosa de fundar sus pretensiones sobre unos títulos ó argumentos, no solo iguales, sino aun superiores á aquellos sobre los cuales estriba su propiedad primitiva y legal. ¿Cuáles, son, pues, sus títulos? El primero de ellos es el *Génesis*, el más antiguo, el más admirable, el más sublime de los libros: historia verdadera con numerosos estados de lugares, con unas geneologías muy claras, formadas por series continuas, por nombres de personajes que existieron ciertísimamente; el segundo de nuestros títulos es una tradicion

no interrumpida, que enlaza los actuales tiempos, sin interrupcion alguna, con los orígenes de la humanidad; el tercero, finalmente, es la divinidad de nuestra santa religion, y por consiguiente la infalibilidad de sus enseñanzas. Fuerte con esos títulos de propiedad de un valor cierto, la fe del cristiano tiene enteramente el derecho de tomar la ofensiva, en vez de mantenerse sobre la defensiva, posicion humillante y dolorosa, que sus defensores parecen obstinarse en tomar y en hacerle tomar, sin advertir siquiera que colocarse en la defensiva, es ofrecer al enemigo todas las probabilidades de la victoria y asegurarle los honores de ella. Yo no sé, en verdad, lo que debe estrañarnos más, si la audacia de nuestros adversarios, los cuales no pueden, sin embargo, oponer otra cosa á los títulos solemnes de nuestra posesion que algunas aserciones puramente gratuitas, algunos hechos mal interpretados y algunos argumentos capciosos, mas sin valor alguno, ó la complacencia harto grande de los defensores de la fé: éstos fueran invencibles, si en vez de temblar y discutir, se concretaran á refutar, con algunas negaciones poderosas, las afirmaciones meramente gratuitas de unos adversarios sin ninguna buena fé. Repito que esos adversarios carecen de buena fé; y eso voy á probar antes de entrar en materia con algunas citas irrecusables.

Abro la obra del doctor Luis Buchner, *el Hombre segun la ciencia*, y leo, página 150: «Para sostener hoy á la faz de la ciencia moderna el *Adán Biblico* y toda la hipótesis judáico-cristiana de la creacion que con él se relaciona, es menester, á imitacion de los señores teólogos, no querer y no poder de ningún modo dejarse vencer por los *argumentos científicos*. Cada domingo, millares de predicadores, *sin curarse de las claras demostraciones de la ciencia*, siguen explicando, siempre de nuevo, «sus cuentos pueriles sobre el paraíso, la caída, la creacion del mundo, etc., etc.; cada domingo igualmente, millares y millares de oyentes dicen de nuevo: ¡Amen! Durante ese tiempo ¿qué hacen los hombres de ciencia? Se

«rien de esas leyendas y fábulas judáicas, y penetran «con indiferencia en el seno de una multitud que parece hallarse hechizada; sin intentar esfuerzo alguno á su vista, sin esperanza de sacar á los dormidos de «sus sueños.» Luego, haciendo suyos los ódios del libre «pensador americano, Lesley, Buchner esclama: «El re- «conciliar á la teología judáica con la ciencia moderna es «cosa imposible; son dos enemigas declaradas. Esta últi- «ma se ha emancipado de la fé completa y definitivamente.» «¿Quién no creyera, al oír un lenguaje tan orgulloso, y que en el fondo no es mas que una declamacion vacía, que aqui se trata, en efecto, de *demostraciones claras de la ciencia, de argumentos científicos*? Y, no obstante, no hay nada de ello absolutamente. Trátase solamente del descubrimiento, más ó menos fortuito de algunas piedras cortadas, de algunas osamentas de algunos animales, de algunos cráneos sepultados en terrenos más ó menos flojos, y cuyo origen ó la fecha de su depósito son desconocidos! Y aun aquellos dichos restos más comprometedores, aquellos que se oponen con más violencia á nuestros dogmas religiosos, fueron encontrados por dos sacerdotes fervorosos, el abate Bourgeois de Pontleroy y el abate Delaunay de Pouancé, que no vacilaron un instante en dar conocimiento de su hallazgo, estando ciertos de que la verdad revelada no podia ser contraria á la verdad natural, y de que el resultado definitivo de la cuestion seria, como el señor abate Bourgeois me lo escribió hace pocos dias, no ciertamente hacer al hombre más viejo de lo que autorizan los libros santos, sino hacer más jóvenes á los fósiles de los depósitos marinos de la Beauce. Lo más estraño todavía es que, para el señor Buchner mismo, los descubrimientos de los señores Bourgeois y Delaunay, los únicos que confunden algun tanto á los cristianos y á los sábios, porque solo ellos parecen demostrar la existencia del hombre llamado sin prueba alguna el hombre terciario, son dudosos ó inciertos. Dicho señor dice en términos explicitos, página 61: «Si los descubrimientos de los señores

«res Bourgeois y Delaunay, etc. son muy auténticos, entonces la existencia del hombre retrocede más allá de la «época diluviana, y remóntase muy adelante en la grande «época terciaria. En este caso, la duración de su existencia solo puede representarse por centenares de miles de «años.» Un sí, apoyado en algunos sílex ó pedernales y en algunas osamentas de animales vertebrados, sin ningun resto humano, hé aquí en realidad, la única objecion opuesta á la posesion formidable del cristianismo, ó más bien de la *humanidad* entera: y hé aquí igualmente lo que el señor Buchner apellida las claras demostraciones de la ciencia!

La falta de buena fe, ó si se quiere, la preocupacion escesiva del entendimiento ¿no es acaso bien evidente? Demostremosla ya en toda su enormidad, y sorprendamos al culpable *in fraganti*: *¡Habemus confidentem rem!* ¿Cuál es, pues, en definitiva, la antigüedad que el señor Buchner atribuye á esos hombres del siglo de piedra, de Pontleroy ó de Pouancé, cuya antigüedad, segun osa decir, es definitivamente irreconciliable con los dogmas judáicos? Héla, aquí, pues, en cifras bien claras. Dicho señor dice, en efecto, en sus *Materiales justificativos*, pág. 127, línea 37:

«¿De qué asombro, de qué admiracion no debemos sentirnos poseidos, al pensar que en los tiempos en que el «aborigena europeo, con sus pobres armas de piedra, perseguia las fieras, ó bien vivia en chozas de madera, debajo de las aguas, sin tener otro alimento que los productos de la caza ó de la pesca; en el otro lado del Mediterráneo, en la afortunada region que el Nilo riega, florecian «ya ciudades populosas y magnificas (Menfis y Tebas); las «artes y las ciencias de toda clase eran cultivadas; una «casta sacerdotal ilustrada y poderosa sostenia con mapo «firme las riendas de un gobierno regular, y verosímilmente mantenia relaciones comerciales á lo largo de las «playas mediterráneas!»

Hé aquí, pues, la solucion verdadera del pavoroso problema, á la cual yo habia llegado por mil otras vías dis-

tinglas, dada por el más irrecconciliable de nuestros enemigos. Es absolutamente cierto hoy que la poblacion de Egipto fué una rama de la raza de Cham; que ella es posterior, por consiguiente, á la dispersion de los pueblos; que la fundacion de Menfis data á lo sumo de cuatro mil años antes de Jesucristo, y la de Tebas de dos mil años; que la época de la grande civilizacion, de que habla el señor Buchner, cuenta apenas hoy cuatro mil años de antigüedad, todos los números concordando perfectamente con los datos de la Biblia. *¡Cuatro mil años!* Hé aquí, pues, á qué se reducen, en realidad, los centenares de miles de años de antigüedad que hacian esclamar á M. Buchner: «Ciertamente, honorable lector, la grandezza «de este número debe asombrarte. Y sin embargo... este número es nada.» La irreconcilabilidad, la enemistad eterna, tan brutalmente afirmadas por el señor Buchner, eran, pues, palabrotas vacías de sentido! He examinado de la misma manera las afirmaciones de todos los adversarios de nuestra santa causa, y siempre, sin escepcion alguna, les he encontrado, ó absolutamente nulas individualmente, ó en contradiccion abierta, unas con otras, y por lo tanto anulándose mútuamente.

Ahora pudiera entrar en materia, no solo con la conviccion profunda de la verdad de las afirmaciones de la santa Biblia, si que tambien con la certeza absoluta de reducir á la nada las objeciones, en apariencia las más especiosas y formidables. Séame, empero, permitido dar todavía una leccion, harto merecida de modestia, al más audaz compadre de M. Buchner, M. Karl Vogt, el apóstol entusiasta de la *Antropología moderna*. En setiembre de 1869, en el seno del congreso de los naturalistas y los médicos alemanes, reunidos en Inspruck, en un discurso vivamente aplaudido, dicho señor espresóse así: «...Hoy puede demostrarse, con la misma certidumbre «que la rotacion de la tierra al rededor del sol, que la antigüedad del hombre, no solo sobre toda la tierra, sino especialmente sobre la faz de la Europa, una de las

«regiones que fueron pobladas más tarde, es inmensa, dejando muy atrás cuantos cálculos se habían hecho hasta aquí sobre el asunto... ¿Qué resta, pues, de las antiguas tradiciones sobre la juventud de la humanidad, sobre los seis ó diez mil años, que no son más, por decirlo así, que una gota del tiempo transcurrido desde la aparición del hombre sobre el suelo europeo?... Dichos descubrimientos son debidos al *Método geológico*, aplicado al estudio de los restos del hombre y de los animales que le rodeaban, sepultados en la capa denominada *diluvium*... El siglo de oro desaparece enteramente delante de ellos viendo, por el contrario, al hombre luchando terriblemente por la existencia, y principiando por un estado de salvajismo completo... Los hombres de aquellos tiempos eran salvajes en la plena acepción de la palabra, comparables á los salvajes más ínfimos... á los «tropófagos!» Hé aquí lo que osaba decir el turbulento Vogt! Y, al propio tiempo, contradiciéndose abiertamente á sí mismo, proclamaba: «que la emigración del hombre en las Galias debió proceder de las orillas del Mediterráneo, como lo afirma la sagrada Biblia; y que dicha emigración, dirigióse, por un lado, hácia el norte, y por otro, hácia las demás regiones de la Europa; que la civilización primitiva, lo mismo que las plantas, no procede de ningún modo del Asia mayor, como acostumbra á repetirse en muchos libros, sino del Africa, es decir, de la region mediterránea y no del Egipto; que el hombre no existía aun en las regiones septentrionales en la época en que él coexistía en las Galias con el renjífero, etc., etc.» Pues bien, es absolutamente cierto que el renjífero vivía aun en las Galias al principio de la era cristiana, que César indica su presencia en los bosques de la Hircania, y que todavía se le encontraba en Inglaterra en el siglo vii y acaso en el xii, etc. Por lo tanto, M. Karl Vogt, lo mismo que M. Luis Buchner, vése fatalmente obligado, á pesar de su ódio contra la verdad y la violenta corriente que le arrastra, á derribar con la mano

izquierda aquello que creyó edificar con la mano derecha. El había osado, sin embargo, llevar el ensañamiento hasta la crueldad. Despues de haber resucitado la fábula á la moda de la transformación de las estalladuras longitudinales ó transversales de las osamentas humanas de las cavernas, como testimonios irrecusables de la antropofagia de los primeros habitantes de las Galias, M. Vogt habíase dejado arrastrar por un exceso de lirismo verdaderamente insensato, diciendo: «Ya no es más dudoso que dicha antropofagia haya estado en relacion con el desenvolvimiento de las ideas religiosas. El hombre comía al principio á su enemigo muerto en el combate; porque con ese acto creía que se incorporaba las diferentes cualidades del difunto, el valor, la fuerza y la astucia. Comía con preferencia ciertos órganos, porque consideraba que en ellos residían dichas cualidades especiales. Luégo, en el desenvolvimiento de las cosas religiosas, dichos actos, al principio reales, iban siendo paulatinamente simbólicos, y cuando el hombre antropomorfizó á su Dios, lo comió igualmente para identificarse con él!» Y todas esas alharacas de impiedad blasfematoria no reconocen otra causa que algunas incisiones debidas, bien sea á los dientes de los perros, ó lobos marinos, ó más bien, como M. Eugenio Robert lo insinúa con mucha razon, á un encogimiento natural, consecuencia necesaria de la manera de crecer de los huesos. El periódico inglés, *Nature*, manifestó, que, al lanzar con su voz de trueno ese anatema brutal, acogido con frenéticos aplausos, Karl Vogt dirigia sus miradas hácia la venerable cabeza de un religioso franciscano, que estaba ciertamente bien lejos de pensar, que yendo á aplaudir el progreso de las ciencias, habia de verse condenado á autorizar con su presencia algunos insultos groseros contra su fe. Buen padre, querido y venerado colega, si algún día vuestros ojos leyeren esta página de mi libro, consolaos! El exceso de audacia de Karl Vogt suponía un exceso lamentable de odio, sin duda alguna, pero tambien de ignorancia ó de falsa sabi-

duría. Yo lo afirmo sin temor alguno de ser desmentido.

A fin de no tener que volver á lá cuestion de antropofagia, séame permitido tomar de la obra de M. Eugenio Robert, quien, más que otro alguno, ha observado y discutido los hechos de arqueología humana, y debe hacer y hace autoridad, una cita, que aclarará engran manera la cuestion.

Tomo XXIII de los *Mundos*, pág. 164: «El amor de la antropología antigua parece igualmente haber puesto una «venda sobre los ojos: no era bastante, al parecer, el hacer á los primeros moradores de nuestros países (la vanguardia de la dispersion) contemporáneos de las grandes «especies perdidas; tales como los elefantes, los hipopótamos, los rinocerontes, etc., el haberles hecho vivir en «buena inteligencia con el oso de frente encorvada, los «leones y las hienas gigantescas, en los mismos astros; «preciso era además atribuirles los instintos más feroces, «dándoles un diploma de canibalismo... (*ibid.*, pág. 162). «Empero, nada prueba que los huesos largos, á cualquier «animal que estos pertenezcan, hombre ó cuadrúpedo, hallados en las cavernas, fueran rotos para extraer de ellos el «tuétano. Hemos hecho bastantes disecciones y exhumado «un número harto grande de osamentas de todas clases, «para no habernos formado una opinion ligera sobre el «particular.»

Y toda vez que M. Eugenio Robert me da la respuesta pronunciando la palabra *Dispersion*, voy á decir de qué manera, y por qué circunstancia singular, despues de haber hallado por mí mismo y con mis infatigables estudios la última palabra de los grandes problemas suscitados y debatidos en el presente capítulo, me he sentido llevado por la mano á encontrarlo formulado y depositado hace más de un siglo, en 1758, en un libro que causó á su aparicion una sensacion profunda: *Del origen de las leyes, artes y ciencias y de sus progresos en los antiguos pueblos, por el presidente Goguet, tres volúmenes en 4.º*: cuyo libro hoy ¡ay! es harto olvidado.

En el *North British Review*, el famoso periódico cuadri-

mensual de Edimburgo, año 1867, vol. I, pág. 516, lei un artículo muy erudito, pero asaz embrollado, sobre la cuestion palpitante, es decir, la historia primitiva del hombre. Despues de haber examinado sucesivamente la antigüedad y el estado primitivo de éste, dicho autor, segun la costumbre inglesa, guarda un anónimo muy trasparente para los abonados de la *Revista*, adoptando por conclusiones estas bellas páginas del presidente Goguet, escritor, dice, muy erudito y ortodoxo, cuyas páginas solo he conocido por medio de él, tom. 1.º, *Introduccion*, pág. 1.º y siguientes:

«La familia de Noé, reunida en las llanuras de Sennaar, no permaneció en ellas más que el tiempo necesario para crecer y hacerse poderosa. Hacia la época del nacimiento de Phaleg, es decir, como uno ciento cincuenta años despues del diluvio, el linaje humano, habiéndose multiplicado suficientemente, Dios resolvió que se diseminara por las diferentes partes de este universo. Al parecer, la intencion de los habitantes de la tierra no era de separarse. La necesidad de atender á su subsistencia les obligó á alejarse unos de otros. El temor de dispersarse en esas diferentes escursiones, les hizo tomar las precauciones que juzgaron convenientes para evitar semejante desgracia. Con tal propósito, concibieron el proyecto de construir una ciudad, y de levantar en medio de ella una torre de elevacion extraordinaria, á fin de que siendo vista de lejos, sirviera de señal y punto de reunion. Empero, la Providencia, que había juzgado necesaria su separacion para que la tierra fuera poblada con la mayor prontitud posible, eligió al efecto el medio más capaz para obligarles á ello. El género humano no hablaba á la sazón más que una sola y misma lengua. El Sér Supremo rompió, pues, el lazo que unia á los hombres tan estrechamente. Confundió su lengua, de modo que, no entendiéndose más unos á otros, ellos se separaron y dirigieron sus pasos en varias direcciones.

«Yo no me detendré ahora en trazar la ruta que tomaron

las diferentes colonias que entonces se formaron... Solo diré, que por poco que se considere la facilidad y prontitud con la cual, hoy todavía, los salvajes, los tártaros y los árabes se trasladan con todas sus familias á grandes distancias, se reconocerá fácilmente que tratándose de gentes robustas, acostumbradas á una vida ruda, y no teniendo casi necesidad alguna, al verse obligadas á abandonar su país natal para ir en busca de nuevas moradas, hubieron de desparramarse con mucha rapidez por los diferentes climas de nuestro hemisferio.

«Sin embargo, esas trasmigraciones debieron alterar considerablemente todo aquello que pudo conservarse de los conocimientos primitivos. Las sociedades, hallándose desunidas por la diversidad del lenguaje, y las familias viéndose aisladas, la mayor parte de los hombres quedaron bien pronto envueltos en una profunda ignorancia. Añádase á esas consideraciones el tumulto y desórden inseparables de los nuevos establecimientos; y comprenderemos sin dificultad que hubo un tiempo en que casi toda la tierra fué sumergida en una barbarie extremada. Entonces vióse á los hombres errantes, dispersos por los bosques y campos, sin leyes, ni civilizacion, ni caudillo alguno. Su ferocidad llegó á tal punto, que muchos de ellos se devoraron unos á otros; descuidando de tal manera la conservacion de los conocimientos más comunes, que algunos de ellos olvidaron aun el uso del fuego. A esos tiempos desgraciados debe, pues, atribuirse lo que refieren los historiadores profanos acerca de los infortunios que aflagraron al mundo en sus principios. Todas las antiguas tradiciones atestiguan que los primeros hombres llevaban una vida poco diferente de la de los animales.

«No se tendrá reparo alguno en dar crédito á dichos relatos, al fijar la vista en el estado en el cual, según los antiguos historiadores, hallábanse muchos países aun en sus tiempos, estado, cuya realidad es confirmada por las narraciones modernas. Los viajeros nos manifiestan, que hoy mismo todavía es fácil encontrar, en algunas partes del

mundo, hombres de un carácter tan cruel y feroz, que no tienen entre ellos sociedad ni comercio alguno, haciéndose una guerra perpétua, no pensando más que en destruirse y devorarse mutuamente. Faltos de todo sentimiento de humanidad, dichos pueblos viven sin leyes ni civilizacion alguna y sin forma alguna de gobierno; y, distinguiéndose muy poco de los brutos, no tienen otro asilo que los antros y las cavernas. Su alimento consiste en algunos frutos, en algunas raíces que los bosques les suministran: careciendo de saber é industria, solo pueden procurarse rara vez alimentos más nutritivos. Privados, por último, de las nociones más simples y ordinarias, dichos pueblos no tienen del hombre más que la figura.

«Estos datos nos ofrecen una pintura enteramente conforme á la que todos los historiadores nos han dejado sobre el antiguo estado del linaje humano. Por la Escritura sagrada vemos aun que poco tiempo despues de la dispersion, habíanse olvidado en tal manera los preceptos y ejemplos de Noé, que los ascendientes de Abraham vivian sumidos en la idolatría. Cuando Jacob pasó á la Mesopotamia, halló entre la familia de su tío Laban el culto de los ídolos mezclado con el del verdadero Dios. Despues de tales hechos, no debe extrañarnos el ver que la tradición primordial se oscureciera de tal suerte, que no sea posible encontrarla entre las naciones profanas, más que desfigurada en extremo por las fábulas y los cuentos más ridículos.

«En cuanto á las artes y ciencias, no es dudoso que algunas familias se preservaron de la barbarie que reinó sobre la tierra, inmediatamente despues de la confusion de las lenguas y de la dispersion de las familias. El conocimiento de los descubrimientos más útiles y esenciales no quedó borrado absolutamente. Algunos gérmenes preciosos de ellos fueron conservados por las familias que continuaron habitando en las comarcas en que el género humano se refugió al principio, es decir, en la llanura de

Sennaar y sus inmediaciones. Tampoco se perdieron los primeros conocimientos enteramente entre las tribus que se establecieron inmediatamente, por ejemplo, aquellas que pasaron á la Persia, la Siria y el Egipto. Por medio de ellas ha sido como los diferentes ramos de los conocimientos humanos se han ido extendiendo y perfeccionando. Empero, á excepción de ese corto número de familias, el resto de la tierra, lo repito, llevaba una vida absolutamente bárbara y salvaje... El estado en que yacía en otros tiempos la mayor parte del género humano puede compararse muy bien con aquel en que Homero nos representa á los ciclopes, es decir, los antiguos moradores de la Sicilia. «Los ciclopes, dice Homero, no reconocen ley alguna. Cada cual gobierna su familia y reina sobre su mujer é hijos. Ellos no se ocupan poco ni mucho de los negocios de sus vecinos, y no creen que dichos negocios puedan interesarles. Así no tienen asamblea alguna para deliberar sobre los asuntos públicos. Tampoco se rigen por leyes generales que regulen sus costumbres y acciones. No plantan ni siembran. Su alimento consiste en los frutos que la tierra produce sin ser cultivada. Su residencia se halla en la cima de las montañas, y los antros les sirven de refugio.» (*Odisea*, libro IX, verso 166 y siguientes). Hé aquí la idea que es posible formarse de la manera en que vivieron casi todas las familias después de la dispersión... Dicho estado no debió durar mucho tiempo respecto de una gran parte del género humano. Tantos motivos contribuyeron para aproximar á las familias, que muchas de ellas no tardaron en reunirse...»

El señor Gouget aborda luego de frente su asunto, exponiendo su programa con un talento verdaderamente extraordinario. Sobre una inmensa série de datos, todos los cuales hace referir fielmente á las primitivas fuentes, reconstruye la difícil historia del origen de las leyes, las ciencias y las artes, y de su desenvolvimiento en medio de todos los pueblos, sin hallarse, ni un solo instante, en discordancia con la revelación, confirmando, por el con-

trario, á cada paso, los relatos y las afirmaciones de los Libros santos. En cada volumen añade algunas disertaciones ó monografías, que recomendamos muy especialmente á nuestros lectores. Si éstos se dignan leer al final del volumen tercero la tercera disertación sobre las antigüedades de los egipcios, de los babilonios y de los chinos, podrán ver, con gran sorpresa, que ya hacía mediados del siglo último, el acuerdo entre la ciencia y la revelación sobre la cuestión capital de la antigüedad del hombre hallábase completamente hecho por el estudio atento de la historia y de la arqueología; precisamente porque ella es del dominio exclusivo de estas dos ciencias, y que la apelación á la geología ó á la paleontología, que nada tenían que ver con ella, no podían menos de oscurecerlo ó de comprometerlo gravemente. En efecto, todos los descubrimientos de estos cuarenta últimos años no han hecho más que confirmar, respecto de ciertas localidades, numerosas, es cierto, más harto circunscritas todavía, la verdad de lo que Lucrecio, en su célebre libro *De rerum natura*, ha dicho respecto del mundo entero:

*Arma antiqua manus, ungues, dentesque fuerunt,
Et lapides, et item sylvarum fragmina rami,
Posterioris ferri vis est arisque reperta,
Et prior aris erat quam ferri cognita virtus.*

«Las armas antiguas fueron las manos, las uñas, los dientes, las piedras, y las ramas desprendidas de los árboles de los bosques. Más tarde descubrióse la virtud del hierro y del cobre; pero la virtud del cobre fué conocida antes que la del hierro.» (*De rerum natura*, v. 1282.)

La edad de piedra, la edad de bronce y la edad de hierro, edades que se siguieron y sucedieron, más temprano ó más tarde, en el tiempo y en el espacio. ¿Qué es, pues, lo que hemos añadido á eso posteriormente? ¿qué nos hubiera revelado, pues, la geología? La presencia, en los terrenos geológicos, de algunas piedras cortadas que

no eran armas humanas, ó que si lo eran fueron conducidas allí y sepultadas por accidentes locales. Dicha presencia nos conducirá de esta suerte á separar, por algunos intervalos de tiempo completamente arbitrarios y faltos de razon, el siglo de piedra, del siglo de bronce; mientras que en todas partes en que los sílices cortados, pulidos, ó no pulidos, son incontestablemente objetos de industria humana, en las cavernas, los hornagueros, las ciudades lacustres y los monumentos megalíticos, la edad de la piedra bruta precede de muy poco y toca á la edad de la piedra pulida, y la edad de la piedra pulida es muy poco anterior y toca á la edad de bronce, así como la edad de bronce precede y sigue muy de cerca á la edad de hierro, que es enteramente histórica. Esta misma solución, por lo demás, precisamente por ser absolutamente verdadera, tiende á imponerse á todas las inteligencias de buena fe.

La última obra, que me ha sido dado leer sobre la paleontología humana, es la de M. Belgrand, director de las aguas y de los sumideros de la ciudad de Paris: *La cuenca parisiense en los siglos antehistóricos*; tal es el título de dicha obra, presentada muy recientemente á la Academia de ciencias, y uno de cuyos ejemplares debo á la amistad del autor y á la generosidad de la ciudad. Pues bien; hé aquí lo que se lee en dicha obra al fin de la introducción general, página XCV y siguientes:

«El hombre y la mujer mejor organizados, llegados al estado más perfecto de la civilización, poseyendo las nociones más elevadas respecto de bellas artes, literatura y poesía, y á dotados de los sentimientos más nobles, si estuvieran abandonados á sí mismos en un país desierto, verían, desde las primeras generaciones, á sus hijos, vestidos de pieles de animales, considerándose dichosos de poder hallar á mano un arma, un sílice para defenderse, ó para herir á su presa; olvidando bien pronto las nociones más elementarias de la civilización, para atender á las necesidades más apremiantes de la vida; en una palabra, en el estado salvaje. Todo cataclismo terrestre que destru-

yera la raza humana, á excepción de algunos individuos, conduciría necesariamente al mismo resultado.

«La ciencia no nos indica de ningún modo el estado en el cual salió el hombre de manos del Criador. Empero, un gran paso se ha dado en ese sentido. Los descubrimientos modernos han venido á llenar un inmenso vacío, el cual existe, lo mismo en los libros sagrados de los hebreos, que en las tradiciones de los antiguos pueblos civilizados de los egipcios, los griegos, los asirios y los indios. La mayor parte de dichos documentos hacen mención de la creación del hombre y de un diluvio, del cual fué víctima la mayor parte del género humano. Ninguno de ellos ofrece la menor noción sobre el estado salvaje (1), en el cual el hombre debió vivir necesariamente despues de esos dos actos del Criador. Los textos correspondientes á dichas dos épocas son enteramente oscuros; y eso nada tiene de extraño, puesto que el hombre en el estado salvaje no deja tradición alguna. Concíbese,

(1) ¡Aquí M. Belgrand exagera evidentemente! El mismo resume en estas palabras el conjunto de los resultados obtenidos: «La presencia del hombre sobre la tierra despues de las últimas revoluciones (y por últimas revoluciones, M. Belgrand entiende el período glacial y el diluvio) no puede ser más puesto en duda. Hoy se han reconocido los vestigios de su industria en todas las partes del globo terrestre, donde se han hecho algunas exploraciones suficientes, y principalmente sobre las orillas del Mediterráneo. El hombre vivía allí en el estado salvaje, sin poseer otras armas, ni otros instrumentos que algunos sílices y osamentas groseramente labradas. Al mismo tiempo la Europa estaba habitada por una fauna numerosa de mamíferos, cuya fauna hállase hoy en parte estinguida, ó relegada bajo las zonas tórrida y glacial.... Los restos de animales domésticos comienzan á aparecer en las ruinas de las ciudades lacustres, en los barrancos, etc. Pues bien, Ovidio, Homero y los demás escritores antiguos de Grecia y Roma nos habían enseñado ya todo eso. Lo repito una vez más: la geología y la paleontología nada han añadido de esencial á lo que la historia y la arqueología nos habían revelado ya. Dichas ciencias solo han servido para introducir una confusión lamentable, allí donde el orden y la luz abundaban. El silencio de los libros santos se explica por el hecho de que no hubo estado salvaje alguno para el pueblo, cuya historia ellos hacen.

emper, que él haya conservado un vago recuerdo de las grandes épocas de la creacion por el terror producido por un cataclismo como el diluvio...»

M. Belgrand, bien se echa de ver, afirma rotundamente la realidad de la creacion y del diluvio; y segun él, las tribus salvajes, cuyos restos y vestigios ha buscado y hallado, son posteriores al diluvio. Esa es la tradicion bíblica evidentemente; pero la Biblia ha hecho mas! Ella nos ha mostrado, en los grandes hechos de la confusion de las lenguas y de la dispersion, el origen y las causas de la existencia, sobre toda la superficie de la tierra, de hombres, no nacidos, sino caidos, en el estado salvaje.

Nosotros triunfamos, pues, completamente en este primer exámen general de la cuestion.

Nuestro triunfo será mucho más brillante todavía, cuando hayamos ventilado, con toda la amplitud que ellas requieren, estas tres grandes cuestiones: la creacion del hombre y sus circunstancias esenciales; la antigüedad del hombre y la unidad de las razas humanas.

I.

CREACION DEL HOMBRE Y SUS CIRCUNSTANCIAS ESENCIALES.

Creacion inmediata. La revelacion nos dice: «Dios creó al hombre, formó su cuerpo del *humus* de la tierra, le animó con su soplo de vida ó hizo de él un alma viviente.»

Así es con toda realidad como el hombre se ostenta á nuestras miradas. Su cuerpo no encierra elemento alguno que no podamos encontrar en el reino inorgánico.

Al demostrar hasta la evidencia que el hombre no existió siempre sobre la tierra, la ciencia afirma desde luego su creacion, al menos mediata, en la creacion inmediata de un prototipo, del cual hubiera aquel descendido por medio de transmutaciones ó transformaciones sucesivas. Y toda vez que para la ciencia el origen de las especies por transformacion es imposible, ó por lo menos no es real,

segun hemos probado sobradamente, podemos y debemos considerar la creacion inmediata del hombre, ó su origen divino, como científica y rigurosamente demostrada.

Algunos sábios, ó más bien algunos energúmenos, osan, sin embargo, afirmar todavía *el origen simiano* del hombre, no reparando, para mostrar la posibilidad de ello, en admitir las hipótesis más estravagantes: tal es, por ejemplo, la invasion, en una época dada y sobre uno ó muchos puntos dados de la atmósfera terrestre, de ciertas *auras* ó gérmenes humanos que aspiraron con avidez las hembras de monos, madres de los primeros hombres. Empero, el furor y la locura de dichos sábios son evidentemente un testimonio rendido á la verdad. M. Huxley mismo se niega á afirmar la filiacion del mono y del hombre, por más que haya escrito esta frase harto célebre: «De que exista ó haya existido una escala desde el mono al hombre, *seguro estoy de ello*. Empero, ahora la distancia entre ambos, es enteramente la de un abismo...»

Por mi parte, prefiero reconocer este hecho, así como mi ignorancia respecto de dicha escala, más bien que dejarme caer en una de esas honduras abiertas á los pies de algunos investigadores impacientes que no quieren esperar las luces de una ciencia más adelantada que la del tiempo presente.» Así, pues, Huxley se declara vencido por el momento; el origen divino del hombre le arrastra, más él cuenta con el porvenir para constituirse definitivamente hijo de un mono, que será forzosamente el mismo, mediata ó inmediatamente, hijo de Dios. ¡Qué extraño y triste abuso de la ciencia! Qué obstinacion al mismo tiempo y qué vergonzosa ceguera! Reasumiendo los progresos realizados en la antropología, desde principios de este siglo hasta 1868, M. de Quatrefages saca sin vacilar esta conclusion: «La teoria del origen simiano del hombre no es más que una mera hipótesis, un simple juego de imaginacion, en favor del cual no se ha podido invocar hecho alguno preciso; y del cual todo, por el contrario, demuestra su poco fundamento. Esto no impide, sin embargo, que

M. Buchner (*El hombre según la ciencia*, pág. 11) considere el origen del hombre como *completamente averiguado, y que ha venido á ocupar un lugar entre los descubrimientos más memorables de los tiempos modernos*. Tal grado de desfachatez se consideraría sin duda increíble, si yo no citara textualmente: «Entre todos los progresos de la inteligencia humana, según dicho señor, es preciso colocar, en el primer rango, el del descubrimiento del origen *natural* del hombre. Los sabios modernos que más han profundizado la cuestión se han visto obligados á hablar de ello en los mismos términos ó en términos análogos: «El conocimiento del verdadero origen del hombre, dice el profesor Schaahtauzen, es, respecto de las concepciones humanas, un descubrimiento tan fecundo en consecuencias, que un día dicho resultado será considerado, á buen seguro, como el más grande que haya sido dado al hombre alcanzar.» «El conocimiento del origen natural, y especialmente del origen animal del hombre, dice el profesor Haeckel, ocasionará tarde ó temprano una revolución completa en todas las concepciones del hombre respecto del universo.»

Así pues, porque Dios, en la creación del hombre, habrá sido sustituido por la naturaleza, que no es más que una abstracción, ó por un mono, porque el *origen divino* del hombre habrá cedido su puesto á su origen simiano ó animal, de ello resultará una revolución completa en todas las concepciones de la humanidad. En el sentido que da á sus palabras, eso es evidentemente por parte de M. Buchner furor ó locura, ó más bien furor y locura á la vez. Empero, en otro sentido, el solo verdadero, dicho señor tiene perfectamente razón. Colocado en la cumbre del honor, el hombre no lo ha comprendido; se ha comparado á los animales de sus establos y se ha hecho semejante á ellos. La revolución será completa. Una vez el origen del hombre suprimido y su origen animal establecido, la humanidad no tendrá más que un lenguaje bien antiguo, ¡ay! «El fin del hombre es, como su origen, idéntico al del

animal; la condicion de ambos es la misma: así como el hombre muere, los animales mueren del mismo modo; ambos respiran igualmente, y el hombre no tiene nada de más que la bestia; es como ella sumido en la nada. «Caminan juntos hácia un mismo término. Habiendo salido ambos de la tierra, ambos vuelven á la tierra... ¿quién sabe si el alma de los hijos de Adán alcanza regiones superiores, y el alma de las bestias, regiones inferiores?» (*Eclesiastés*, cap. III, v. 18 y siguientes.)

El libre pensamiento con todos sus excesos, con su ódio satánico hácia Dios y hácia lo sobrenatural, hé aquí con toda realidad la revolución que ha engendrado la afirmación del origen animal del hombre, enteramente gratuita sin embargo, y en la cual, por más que diga M. Buchner, la ciencia moderna no ha tomado la menor parte.

Creacion del hombre en el estado social.—Comentando la narración del *Génesis*, el *Eclesiástico*, nos dice, cap. XVII, v. 1 y siguientes: «Dios crió al hombre, y lo hizo según su imagen... Dióle consejo y lengua, ojos y orejas y corazón para pensar; y lo llenó de la doctrina del entendimiento. Crió en él la ciencia del espíritu, hinchó su corazón de sentido, y mostróle los males y los bienes.

Dios es sér, inteligencia y voluntad. Él ha dado al hombre el sér, la inteligencia y la voluntad.—Dios es verbo, él ha dado al hombre la palabra. *El quiso aun* (v. 11) *conceder á sus orejas el honor de oír su voz misteriosa. El le dijo que se guardara de la iniquidad y cuidara de su prójimo.* Delante del hombre, así criado, adulto y perfecto, Dios hizo desfilar inmediatamente todos los animales de la tierra y todas las aves del cielo, á fin de que les diera un nombre; de suerte que el nombre dado por Adán á cada uno de dichos animales es su propio nombre.

Así se hizo la creación del hombre, afirmada por Adán, que fué el objeto de ella; recogida por Noé, al través de un corto número de generaciones y transmitida por Moisés, por una tradición enteramente reciente y sin interrupción

alguna. Así es como se realizó este maravilloso acontecimiento, sin que pudiera realizarse de otro modo, conforme probaremos hasta la saciedad. Nosotros estamos en posesion, pues, y en posesion victoriosa. Veamos ahora lo que oponen nuestros adversarios á los títulos solemnes de nuestra propiedad.

Al paso que el *Génesis*, á pesar del doloroso episodio de nuestra caída, que fué para la inteligencia del hombre un golpe terrible, nos muestra á éste caminando aceleradamente hácia la civilizacion, haciendo producir á la tierra sabrosos frutos, multiplicando los rebaños de animales domésticos de toda especie, edificando ciudades, creando con la armonía y el canto instrumentos de música, organizando un culto divino público, y labrando el hierro y el cobre, el señor vizconde de Archiac, sábio geólogo y paleontólogo, á quien algunos lazos de familia y sociales, debian, sin embargo, imponer prudentes reservas, se place, como si él hubiese presenciado los comienzos del hombre sobre la tierra, en dar este oráculo insensato: «Especie alguna nos muestra una infancia más larga que la especie humana. Ninguna de ellas ha empleado tanto tiempo para manifestar sus caractéres propios, aquellos que debian asegurarle, al menos en algunas de sus razas, una supremacia real sobre los demás organismos. (*Organismo!* nótese bien lo grosero de la expresion.)» (*Leciones sobre la fauna cuaternaria*, pág. 30.) En la segunda parte de su *Curso de paleontologia estratigráfica*, celebrado en el museo de historia natural, dicho señor no solo se abstiene cobardemente de conceder á Moisés y á la cosmogonía cristiana, el lugar que concede á Orfeo y á sus poemas sagrados, sino que da descaradamente á los hechos que observa una significacion é importancia que no tienen, ni pueden tener en manera alguna.

«Las huellas materiales de la industria naciente del hombre, la marcha tan lenta y casi inmensurable de sus progresos al través de tantas generaciones como se han venido sucediendo, el desenvolvimiento apenas sensible

«de su inteligencia, ocupada en las cosas más esenciales de la vida, y que no excede de mucho á la de ciertos animales; mientras que toda idea elevada dormitaba profundamente, y que toda aplicacion de esa idea hácia un objetivo inmaterial parecia ser desconocida; son sin duda, en el hombre inmaterial, un fenómeno bien curioso. «Así, en el orden físico de la naturaleza, la aparicion del hombre no fué indicada por circunstancia alguna especial. «Las primeras generaciones debieran vivir rodeadas de los animales que vemos hoy todavía, y sin producir en ellos otros cambios que aquellos que exigía la necesidad de vivir, de alimentarse, de vestirse y abrigarse. Nada revelaba entonces en él esa supremacia que fué adquiriendo sucesivamente por un fenómeno fisiológico particular.» ¡Qué osadía no se descubre en esa negacion fria y calculada de la revelacion, en esa obstinacion ridicula en hablar de las cosas, como si hubiera sido testigo ocular de ellas!

M. de Archiac, sin embargo, enaltece en otra parte, en el hombre, el pensamiento que crea, la inteligencia que concibe, la reflexion que combina y juzga, la apreciacion que ejecuta y perfecciona, el sentimiento moral que dirige, la conciencia de su existencia y la de los fenómenos del mundo exterior. Sin duda, porque su ciencia geológica y paleológica le enorgullecia y cegaba; el magnifico espectáculo ofrecido por Dios al obligar á la creacion entera á desfilár ante el hombre y á proclamarle por su rey, ya nada debia decir á su imaginacion petrificada, ni á su corazon. Él preferiria afirmar sin razon alguna, ó más bien contra toda razon, que la aparicion del hombre sobre la tierra no produjo más sensacion que la de un simple ratoncillo! La falsa ciencia ofuscó más todavía su entendimiento, ya que, hallándose en la necesidad de atestiguar la presencia, por algunos osamentos, de figuras de animales contemporáneos del hombre, no vaciló en decir que el hombre habia reproducido y trasmitido los objetos que veia antes

que sus propias ideas, que supo dibujar antes de saber hablar y escribir, ¿qué sabía él? ¡ay! Hoy, ya no existe. Su ciencia rebelde le libró muy mal de un fin trágico que la fé le hubiera evitado.

Es, pues, un propósito deliberado, respecto de los sabios modernos, el hacer aparecer al hombre sobre la tierra en el estado salvaje, con su inteligencia y todas sus facultades en potencia solamente, en el estado de tablas rasas, desprovistas de toda huella cualquiera. La filosofía del siglo XVIII precedió á dichos sabios en sus fatales aspiraciones hácia la barbarie. Rousseau, en su famoso discurso sobre la desigualdad de las condiciones, afirmaba *el origen animal del hombre*. Haciale salir de las manos de *la naturaleza*, despojado de todos los dones sobrenaturales que pudo recibir, y de todas las facultades artificiales que sólo pudo adquirir por medio de prolongados progresos. Hé aquí la pintura que hace de su Adán con cuatro patas, menos fuerte que algunos de los animales y menos ágil que algunos otros; mas al fin y al cabo, con una organización superior á la de todos ellos. «La tierra abandonada á su fertilidad natural, y cubierta de bosques inmensos, que la segur no mutiló de ningún modo, ofrece á cada paso asilos y refugios que sirven á los animales de toda especie. Los hombres dispersos entre sí *observan é imitan sus industrias, elevándose de esta suerte hasta el instinto de los brutos*». Y más lejos dice: «Errante por los bosques, *sin industria, ni palabra alguna*, «sin domicilio, sin guerras, sin lazo alguno y sin tener necesidad alguna de sus semejantes, así como sin deseo alguno de perjudicarles (á la sazón la ciencia no había descubierto todavía los huesos con incisiones al través y el hombre primitivo antropófago), acaso sin reconocer «individualmente á ninguno de ellos, el hombre salvaje, «sujeto á pocas pasiones y bastándose á sí mismo, no poseía más que las luces y los sentimientos propios de dicho estado. Él no sentía más que sus verdaderas necesidades, no miraba más que aquello que creía tener interés

«en examinar, y su inteligencia no hacia más progresos «que su vanidad. Si por casualidad hacia algun descubrimiento, podía comunicarlo tanto menos, en cuanto *no «reconocía, ni á sus propios hijos siquiera.*»

Hé aquí bien patente el corazón desnaturalizado de Juan Jacobo! (*Discurso*, edición de Amsterdam, 1775, en 8.º, pág. 66.) Qué odio de la fé y que desden de la razón humana no supone ese estímulo de barbaridades, de quimeras y de contradicciones irritantes! Voltaire, á quien la gloria de Rousseau impedia de dormir, llegó asimismo, al través de un torrente de aseveraciones contradictorias, á afirmar osada é ignominiosamente, que «el estado de brutos en que vivian los primeros hombres requería que su pensamiento se ejercitara durante algunos millones de siglos, antes que pudieran llegar á espresarlo por medio del lenguaje.»

Hé aquí, pues, por un complot evidentemente satánico, á los preclaros talentos del siglo décimo octavo y á los falsos sabios del siglo décimo nono, conspirando para destronar, sin prueba alguna, al hombre divino de la revelación, tan elevado, tan noble y bello, para sustituirlo con el hombre bestial del voluptuoso Horacio. (*Sátiras*, libro 1.º, sátira 3.) «Semejantes á las bestias, «los hombres arrastrábanse desnudos sobre el suelo desnudo; cual rebaño mudo y rapaz, disputábanse un puñado de bellotas ó un miserable lecho, al principio con «las uñas y los dientes, luego con patos y por último «con algunas armas que la esperiencia les había enseñado á fabricar. Mas tarde hallaron algunas palabras y nombres para expresar sus ideas y sensaciones. Entonces principiaron á cansarse de las guerras, á fortificar ciudades y á establecer algunas leyes!» Preferir Horacio á Moisés, las sátiras á la *sagrada Biblia*, ¡qué aberración!

¿Esos hombres de talento y de ciencia se han preguntado al menos si el hombre de la naturaleza, tal como ellos locamente se lo imaginan, con el solo propósito de ope-

nerlo al que salió perfecto de manos de su Criador, existió realmente, ó aun, si es posible que haya existido, en el sentido de que el hombre primitivo ó animal hubiera pasado á ser, andando el tiempo y por sus propias fuerzas, el hombre de la civilizaci6n ó el hombre actual? De ningun modo! Si dichos hombres reflexionaran un tanto, fueran los primeros en declarar insuperable el paso del hombre animal al hombre civilizado. Si nosotros afirmáramos por nuestra parte dicha transición, ellos mismos nos tratarían de insensatos, y tendrían razón. El negar descaradamente, el deslumbrar, el alucinar, si es preciso, el causar de sobras el vértigo á las inteligencias, por medio de excesos de audacia, á fin de que la razón no sepa ya donde se halla, es mucho más cómodo! La literatura y la ciencia incrédulas no desean ciertamente otro género de armas. A culrambos pertenecen esos silices ó piedras cortadas, bien groseramente en verdad! Empero, tales armas bastan, y aun sobran, puesto que su presa ha sido muerta ya de antemano, y que las inteligencias del siglo XIX se hallan enteramente dispuestas á acoger todas sus fábulas.

Uno de nuestros psicologistas más eminentes, el doctor Cerise, en una memoria leída el 22 de agosto de 1868, con motivo de un estudio sobre el salvaje del Var, decía con mucho tesor:

«Preciso es resignarse á reconocer que el estado de naturaleza respecto del hombre se sustrae á la observación lo mismo que á la experiencia... Jamás se ha encontrado ejemplo alguno del hombre natural, es decir, de hombres que hayan llegado á un desenvolvimiento regular fuera de toda influencia de educación ó social... La hipótesis no se halla más comprobada por la observación que por la experiencia. Los hombres designados como salvajes, víctimas del acaso ó del crimen, eran unos seres degradados en su inteligencia, incapaces de todo desenvolvimiento físico-cerebral, idiotas imbeciles ó monomaniacos. Muchos de ellos, por medio de las palabras, los

«signos ó las ideas, atestiguaban un abandono tardío, ó una influencia de educación que no había sido enteramente suprimida. La hipótesis del estado de naturaleza queda, pues, sin comprobación alguna posible. *El objeto de ella es mantener los espíritus en el letargo ó en la paradoja, como sucedía en el siglo diez y ocho. La experiencia imposible y la observación impotente dejan libre curso á la imaginación.* Siempre que se ha tomado por lo serio el descubrimiento de un hombre en el estado de naturaleza, se ha sufrido una decepción... Rousseau mismo tuvo buen cuidado de advertir que él se libraba de tal mistificación. «En cuanto á las tribus llamadas salvajes por los viajeros, tampoco realizan el estado de naturaleza. Ellas son decaydas y no primitivas. En su barbarie, no representan de ningun modo á la humanidad en su aurora, libre de toda tradición, y en plena posesión de sus instintos primordiales.»

Rousseau había, en efecto, comprendido que la existencia del hombre natural debía ser demostrada por la experiencia. Hé aquí sus propias palabras: «El siguiente problema no me parecería indigno de los Aristóteles y los Plinios de nuestro siglo: ¿qué experimentos debieran hacerse para llegar á reconocer al hombre natural, y cuáles fueron los medios para practicar dichos experimentos en el seno de la sociedad?... Los más grandes filósofos no fueran harto hábiles para dirigir tales experimentos, ni los soberanos más poderosos para llevarlos á cabo, cuyo curso es poco razonable esperar.»

Aquello que Rousseau no probó de hacer es para la nueva escuela antropológica un deber imperioso. El hombre naturaleza para Rousseau no era más que una paradoja ó un sueño; para los Buchner, los Vogt, los Broca, etc., dicho hombre es un dogma fundamental y un descubrimiento de primer orden. Pues bien; ese dogma y ese descubrimiento no existirán evidentemente, mientras no sean confirmados por los hechos de la experiencia ó de la observación.

Echando abajo una puerta abierta, la geología, ó más bien la arqueología, ha revelado á dichos sabios lo que el mundo sabía hace más de dos mil años; es decir, que el hombre vivió en el estado salvaje en la mayor parte de los países de Europa. Empero, la arqueología no les ha dicho de ningún modo que ese hombre salvaje no fuera un hombre decaído, y que ellos se hallan autorizados á ver en él al hombre primitivo, de origen puramente animal, en el estado de naturaleza pura. Es por demás cierto que, si ellos quisieran interrogar á esta ciencia formalmente, ella les diría todo lo contrario, y hablaría el lenguaje de la revelacion. Contentáanse con afirmar con rostro impasible y voz estentórea! Sin embargo, ellos afirman sin derecho alguno, y en tanto que la demostracion no sea una realidad, ellos serán el eco, no ciertamente de la ciencia y de la verdad, sino de la impiedad y de la mentira!

En cuanto á nosotros, que creemos en el origen divino del hombre y su último fin divino, dicho experimento fuera un crimen; mas para vosotros, señores Buchner y compañía, el hombre no es más que un *animal perfeccionado, unido de la manera más íntima, no sólo por sus propiedades físicas sino aun por sus propiedades intelectuales con la naturaleza atmosférica; en armonía, desde su nacimiento, con la naturaleza terrestre, de la cual depende, como la flor y el fruto dependen del árbol que los produce, y que si se eleva por encima de ella, sólo lo verifica por medio de un perfeccionamiento más grande y más variado de sus fuerzas y facultades.* (*El hombre según la ciencia, ó más bien según la materia*, pág. 14 y 18.) Así, pues, vosotros no creéis en Dios, ni en el alma, ni en el cielo, ni en el infierno. Dos tiernos niños, el uno varón y el otro hembra, son para vosotros dos tiernos animales! Vosotros estais, por consiguiente, en el derecho de robarlos, de secuestrarlos, de dejarlos en un aislamiento absoluto, al libre desenvolvimiento de su naturaleza, y de probar al linaje humano que ellos han entrado, en efecto, despues de un número más ó menos grande de generacio-

nes, en plena posesion de la inteligencia, de la voluntad, de los sentimientos, del lenguaje, de la escritura, etc.

Aun en el caso de que se les autorizara para ello, los antropólogos se guardarían bien de proceder á este experimento solemne. Ellos saben tan ciertamente como nosotros que el hombre no es un animal, una flor ó un fruto de la tierra; y sus negaciones sobre sus destinos eternos son más bien simuladas que reales; están más en los deseos de su corazón que en las convicciones de su ánimo.

¡Sea así, pues, en horabuena! Empero, quede bien atenuado, que tales hombres mienten más todavía respecto de la ciencia que respecto de la revelacion, al afirmar el origen animal del hombre y su estado de naturaleza pura, puesto que para todo hombre sensato el experimento está ya hecho. Nosotros pudiéramos probarlo hasta la evidencia por la relacion de muchos hechos auténticos. Daremos ahora uno de ellos solamente.

Un niño de doce años, el joven salvaje del Aveyron, que vivía enteramente desnudo, buscando en los bosques bellotas y raíces, de las cuales hacía su alimento, fué cogido por tres cazadores en el momento en que se encaramaba á un árbol para sustraerse á su persecucion; y conducido sucesivamente al hospicio de San-Africo, á Rodez, y al Instituto nacional de sordo-mudos de Paris. Hé aquí el retrato que hizo de dicho salvaje el ilustre Pinel, médico alienista, tan conocido por su génio observador como por sus profundos conocimientos sobre las enfermedades mentales: «Sus sentidos hallábanse reducidos á un estado de inercia tal, que le hacían, bajo este punto de vista, muy inferior á algunos de nuestros animales domésticos. Sus ojos carecían de fijeza y de toda expresion, miraban vagamente ora un objeto, ora otro, sin pararse jamás en ninguno. Ellos eran por otra parte tan poco inteligentes y tan poco ejercitados para el tacto, que no distinguían de ningún modo un objeto de relieve de un cuerpo en pintura. El órgano del oído era insensible á los ruidos más fuertes, lo mismo que á la música más tierna. El de la voz hallá-

base reducido á un estado completo de mudez, no dejando escapar más que un sonido gutural y uniforme. El olfato hallábase tan poco cultivado, que aspiraba con la misma indiferencia el olor de los perfumes y las fétidas exhalaciones de que estaba lleno su lecho. Por último, el órgano del tacto hallábase limitado á las funciones mecánicas de la aprehension de los cuerpos. Siendo incapaz de atencion, de reflexion y de aptitud para la imitacion, sus ideas, aun las relativas, hallábanse de tal modo reducidas á sus necesidades, que al cabo de muchos meses no habia aún conseguido abrir una puerta cualquiera, ni á subir sobre una silla para esperar los alimentos que se le daban, haciéndolos elevar hasta el alcance de su mano. Desprovisto de todo medio de comunicacion, no revelaba expresion ni intencion alguna en los movimientos de su cuerpo, pasando repentinamente y sin motivo alguno de la tristeza más profunda á la risa más inmoderada. Insensible á toda clase de afecciones morales, su discernimiento no era otra cosa que un cálculo de glotonería; su placer una sensacion agradable de los órganos del gusto; su inteligencia, la susceptibilidad de engendrar algunas ideas incoherentes relativas á sus necesidades; toda su existencia, en una palabra, era puramente animal.»

En mi conviccion profunda, ese retrato del jóven salvaje de Aveyron era y hubiera sido hasta el fin el retrato del hombre primitivo, ó venido adulto al mundo, en el estado de naturaleza pura: los antropófagos no probarán jamas que dicha conviccion sea errónea.

Pinel declaró al jóven salvaje idiota; Itard, el célebre médico y director del instituto de sordo-mudos, creyó, por el contrario, en la integridad de sus facultades intelectuales, bien que las considerara enteramente aletargadas, ó en inanicion completa, y trató de reanimarlas. No referiremos ahora los prodigios de bondad, de habilidad y paciencia que desplegó dicho señor en los grandes esfuerzos que requería una educacion superior á las fuerzas humanas, atendida la harto prolongada inaccion de

las facultades intelectuales y afectivas del jóven salvaje, y de la atonia espantosa que ofrecian en él los órganos del oído y de la palabra. Sólo tomaré acta de la persuasion que tantos esfuerzos inútiles infundieron en el ánimo de un maestro tan celoso, segun se desprende de la página 95 de su exposicion: «El hombre en el estado de naturaleza pura es inferior á un gran número de animales; su nulidad y su barbarie espantan.

«La superioridad moral que, segun se afirma, es natural al hombre, no pueden asegurársela más que la sociedad y la civilizacion.» M. Itard añade todavía: «No dudo que, si se aislara desde la primera edad á dos niños, el uno varon y el otro hembra, y se hiciera otro tanto con dos cuadrúpedos escogidos entre la especie menos inteligente, estos últimos se mostraran muy superiores á los primeros, respecto de los medios de atender á sus necesidades, y de velar, sea por su propia conservacion, sea por la de su prole.»

En la opinion de M. Itard, el famoso experimento antropológico está, pues, hecho; y el estado salvaje ó de naturaleza pura del hombre primitivo es un pobre sueño. Para seguir hablando de él todavía, como hicieron los Vogt, los Buchner y los de Archaic, fuera preciso negar la luz del mediodia. La naturaleza hubiera sido más que una madrastra; ella hubiera sido una homicida, si hubiera hecho aparecer al hombre acá y acullá, en el estado mismo adulto, con sus solas aptitudes nativas, condenado á adquirirlo todo ó á desenvolverlo todo por sí mismo. En ese caso, el hombre hubiera desaparecido al cabo de algunas generaciones, y acaso aun al cabo de pocos años! Como quiera que, al nacer, hubiera constituido una raza degenerada ó degradada, su existencia no podía ser larga, segun está en la naturaleza de las razas degradadas ó degeneradas. M. Buchner mismo es quien lo afirma.

Muy recientemente, M. Anselmo Feuerbach escribia en Londres la historia del jóven Gaspar Hauser, victima de una secuestracion criminal, y que fué encontrado divagando por las calles de Nuremberg, á la edad de 17

años. Dicho joven no era todavía el hombre de naturaleza pura, hallábase unido á la sociedad por algunos lazos; sabía pronunciar algunas palabras, y sir embargo ¡qué ofuscamiento tan completo en sus facultades intelectuales! Su aire estúpido, su falta de atención respecto de los objetos exteriores, y su persistencia en responder á todas las preguntas que se le dirigían con algunas palabras incoherentes é inarticuladas, hicieron creer que era un idiota ó un loco. Empero, no era ni una cosa ni otra; toda vez que, habiendo sido confiado al profesor M. Daumer, hizo progresos sensibles y rápidos en el estudio de las ciencias y de las letras. «Solo se servía de sus dedos y de sus manos con una suma torpeza: su andar era inseguro y vacilante: sólo caminaba con paso lento y siempre á punto de caerse; sus brazos movíanse á manera de unas balanzas. Careciendo de toda palabra para espresar su pensamiento, no tenía de las costumbres, conveniencias y necesidades de la vida más idea de la que puede tener un niño de seis meses. Todo alimento fuera del pan y vino le ocasionaba vómitos. Mostraba para los objetos externos una indiferencia y aun una insensibilidad estremada; era preciso que ellos estuvieran enteramente á su alcance para obtener de él una mirada; desde el momento en que se hallaban algo distantes, era para él lo mismo que si no existieran.»

Hé aquí, pues, todavía un testimonio elocuente de lo absurdo de la tesis que quisiera hacer nacer al hombre en el estado salvaje!

¿No está, por otra parte, invenciblemente demostrado por la historia y el consentimiento comun de todos los hombres pensadores dignos de este nombre, que no se ha visto, ni se verá jamás una nación ó un pueblo cualquiera, primitivamente civilizado, que, una vez decaído y sumido en el estado salvaje, pueda volver por sí mismo á su civilización primera? Es un dogma filosófico é histórico cierto, que el progreso en todo pueblo salvaje no procede jamás de una influencia interior y espontánea, sino

de un impulso exterior y ajeno. Así lo afirma M. Buchner mismo, el cual en uno de sus intervalos lúcidos ó de tregua con sus preocupaciones y ódios, reconoce francamente: «que el europeo no hubiera salido jamás de los estrechos vínculos de su grosera naturaleza, sin las invasiones periódicas de las razas etruscas.» El europeo no fué civilizado, añade dicho señor en un momento de olvido (y, por consiguiente, no tuvo el honor de ser nuestro antepasado, como se ha pregonado tanto sobre los tejados); sino que fué expulsado y estermiado por los nuevos venidos.» ¿Acaso la historia de dicho pueblo pudiera ser distinta de la de todas las razas aborígenas ó autóctonas del nuevo y del antiguo mundo? Todos los pueblos salvajes, bien que de origen divino y salidos de razas civilizadas, abandonados á sí mismos, permanecen condenados á una barbarie eterna ó á una destruccion universal. ¡Circunstancia verdaderamente notable! Esa necesidad fatal de la expulsion ó del aniquilamiento de las razas bárbaras obliga invenciblemente á la razon á remontarse á una primera pareja de origen divino, creada en el estado de perfecto desenvolvimiento ó de civilizacion primordial! Y hé aquí cómo aun los hombres más extravagantes se hallan condenados á reconocer, si no esplicita, al menos implícitamente, que Dios hizo bien todo lo que ha hecho, y que el solo medio de asegurar al hombre la existencia y el pleno desenvolvimiento de sus destinos era crearle en el estado adulto y social.

M. Huxley tuvo á su vez su momento de olvido, y hace esta declaracion terminante: «Un mudo, cualquiera que sea el volúmen de su cerebro y la fuerza de los instintos intelectuales que hubiera heredado, no fuera capaz de mostrar mucha más inteligencia que un orangután ó un mono, si estuviera reducido á la sociedad de sus iguales. Y sin embargo, entre el cerebro del mudo y el de una persona muy inteligente, no puede haber la «más pequeña diferencia.» (*Del lugar del hombre en la naturaleza.* Traducción de M. Daly.) Un mudo, en compa-